

Humilde aporte a una fiesta de celebración

por
Coriún Aharonián

Tanto garbo, tanta gracia, tanta sabiduría, tanto respeto por “los otros”. Tanta humildad. Tanta capacidad de ser siempre joven y tener siempre capacidad de descubrir, de valorar, de querer. Tanta constancia para mantenerse en puente entre sectores tan diversos del cuerpo social, tanta inteligencia para saber ser útil a un territorio convertido en país-nación por manes de la estrategia imperial sin perder de vista la conciencia de patria grande latinoamericana. Tanto instinto para valorar lo no valorado. Tanto buen gusto para no disfrazarlo al presentarlo en sociedad, en la sociedad “culta”.

Los duendes quisieron que en abril de 1988 me tocara en suerte llamar la atención de los jóvenes músicos de la cálida Facultad de Música de la Universidad Católica de Valparaíso -uno de los pequeños focos de resistencia cultural frente a la barbarie institucionalizada- acerca de la valiosísima persona que tenían allí, al lado, y que era la inagotable fuente de referencia a que podían recurrir para verse en el espejo de la identidad. Fue muy emocionante descubrir, después, que la señora que había entrado a la sala entretanto, depositando en una esquina la gran caja que venía cargando - que era de guitarra pero que bien podía haber sido de violoncello- y se había sentado, calladita, a mi izquierda, era la propia admirada y admirable Margot Loyola. El ominoso régimen dictatorial impedía a los jóvenes descubrir tales maravillas de la vida diaria, sospechosos de poder ser símbolos de la libertad. Impedía aprender que las maravillas están a nuestro alcance y pueden tocarse con nuestras propias manos. Aunque autoridades y docentes de Valparaíso se jugaran por defenderla de la soledad teniéndola cariñosamente entre ellos.

Mis recuerdos de Margot Loyola son distantes entre sí, y todos significaron una experiencia fuerte en mi vida. Cuando la vi cantar y bailar en 1972 en Lima, en el Instituto Nacional de Cultura, por ejemplo. Cuando Marta Orrego y Angel Parra me contaron, un año antes, de su importancia en la vida de la impar Violeta Parra, como punto de referencia, como asumido desafío de seriedad y de compromiso político-social, y como colega admirada. Cuando, mucho antes, supe por ella de Chile y de sus tradiciones populares, y la cultura de Pascua y su dulzura, en un recital organizado en 1966 por Juventudes Musicales en mi ciudad de Montevideo, en la legendaria sala del SODRE. Cuando, luego de nuestro imprevisible encuentro en Valparaíso en abril de 1988, nos reunimos en Santiago en casa del bueno de Hanns Stein, y fui honrado con su aprecio, con su confianza, con sus dolorosos secretos.

No puedo saber, desde este lejano Uruguay, quién o quiénes fueron sus “descubridores”, quiénes la apoyaron para que pudiese llevar a cabo su valiosísima e infatigable labor. Entiendo que es hora de empezar a expresar nuestros reconocimientos a quienes cometen tales actos visionarios. Guardo siempre con cariño aquella primera información académica que me llegó, todavía adolescente, en la

Revista Musical Chilena, gracias a la pluma de Magdalena Vicuña¹, quien también supo, simultáneamente, valorar desde esas páginas a Violeta, la hermana de lucha de Margot². No es casual que quien dirigía la revista en ese entonces fuese Alfonso Letelier, el secreto sostén —lo sabemos desde muy poco antes de su reciente muerte— de mucho de lo que se hizo en Chile por investigar la cultura popular tradicional (él era uno de los misteriosos mecenas que daba su apoyo a Violeta Parra, por ejemplo). Y de tantas otras cosas (por él pude acceder, también por ejemplo, a varias de las escondidas obras de Acario Cotapos). ¡Qué curioso! Dos apellidos patricios, Vicuña y Letelier, de esos que podrían condenar a la ceguera desde el mismo nacimiento de la persona. (¿Puedo ahora, don Alfonso, reiterarle mi agradecimiento por habernos regalado su visión de largo alcance, su bonhomía y su generosidad?).

Ahora es la misma incansable Revista Musical Chilena la que me concede el honor de intervenir en este homenaje. Muchas gracias. Estoy muy emocionado.

Margot Loyola es uno de esos pocos y heroicos seres fermentales sin los cuales nuestros pueblos habrían tenido mucha dificultad para reconocerse en el espejo de la identidad, y sin los cuales los intelectuales y artistas de América Latina no hubiéramos tenido el tábano permanente velando para que no cedamos tan fácilmente a los encantos del aniquilamiento colonial. O a las sirenas del escapismo posmodernista. Ojalá sepamos ser dignos de su vida de gozosa entrega al bien común.

¹“Margot Loyola, intérprete de la danza y la canción en Chile” (entrevista), *RMCh*, XII/59 (mayo-junio, 1958), pp. 24-28.

²“Violeta Parra, hermana mayor de los cantantes populares” (entrevista), *RMCh*, XII/60 (julio-agosto, 1958), pp. 71-77.